



El origen del balcón.

DEBO empezar por reclamar mi derecho á exponer y defender hipótesis científicas de mi propia cosecha, y seguir luego llamando la atención del lector respecto á la que sobre el origen del balcón he tenido la fortuna de que se me ocurra. Es una hipótesis luminosísima, muy ingeniosa y muy sugestiva, y que me parece ha de hacer que dé un paso gigantesco la arqueología y con ella la historia de la civilización. Porque es para mí indudable que esta mi peregrina hipótesis ha de provocar por analogía otras respecto á otros objetos no menos dignos de estudio que lo es el balcón.

Me atrevo también á suponer— aunque con todo género de reservas— que mi hipótesis es muy original. Las reservas provienen de que somos tantos los sabios que andamos á caza de nuevas hipótesis y de originalidades de todo género, que corre uno el riesgo de tomar por propia una teoría que ha sido ya expuesta por otro, descubriendo así un Mediterráneo. Para no caer en tan deplorable caso y merecer por ello la nota de plagario, no hay más remedio que leer todo lo que se publica acerca de un ramo cualquiera antes de pretender innovar en él, y aun así no se está seguro, pues se da el caso de que en un tratado de teología se exponga una nueva teoría respecto á la naturaleza de los cometas, ó en una novela se nos descubra un nuevo explosivo. Lo único que puedo declarar— y quien no me lo crea con su pan se lo coma, que no con el mío— es que no he leído respecto al balcón y su historia y antecedentes más que lo que nos dice Larousse en su utilísima Enciclopedia. Y si yo no fuera tan leal como soy, traduciría aquí, ó extractaría, el artículo del Larousse sobre el balcón (que se encuentra en el tomo de la B) para que se viera si soy erudito.

Debo llamar la atención del lector respecto á la grandísima importancia que van tomando los es-

tudios respecto al origen de las cosas, á su génesis. Los filósofos modernos creemos que antes de preguntar qué sea una cosa y para qué sirva, hay que averiguar de dónde procede y cómo se produjo, y sentimos un profundo desdén hacia aquellos que cazan sin saber la historia de la escopeta, ó comen pan sin haber estudiado cómo se produce el trigo y se hace la harina. Relegando á segundo término el *por qué* y el *para qué* de las cosas, investigamos su *cómo*, y en primer lugar el cómo se produjeron. Por mi parte, puedo asegurar que, desde que tuve la dicha de vislumbrar cómo se ha originado el balcón, me asomo al de mi gabinete de estudio—

que es un balcón hermosísimo— con una íntima satisfacción que antes desconocía.

Por ignorar la ciencia de los orígenes, de los orígenes de las cosas, y todo eso de la ontogenia y la filogenia, preguntaba aquel chino de que nos habla Enrique Gaspar y á quien le preguntaron— al chino— para qué quería la coleta, para qué queremos los europeos los dos botones que llevan detrás, hacia la cintura, nuestras levitas. Ignoraba el buen chino que esos dos botones son órganos atrofiados, representantes de los dos botones que en la antigua casaca, á la foderica, servían para sujetar las faldas cuando se las recogía, cosa que aun hoy se hace con los capotes de los soldados. ¡Lo que es la ciencia! Y de igual manera el balcón es un órgano atrofiado y rendido á nuevos usos.

No menos interesante que mi luminosa teoría respecto al origen del balcón, es el modo como se me ocurrió á la mente, de una manera casi repentina, por iluminación súbita, como se les han ocurrido á casi todos los grandes descubridores los grandes descubrimientos á que deben su fama. Algo así como aquello de Newton, que dió en la ley de la gravitación viendo caer una manzana. Pero así como este insignificante accidente no fué más que la gota que hizo rebasar de la mente del gran matemático una teoría brotada de lo mucho que había pensado en ello, así el insignificante suceso que hizo saltar de mi mente mi luminosa teoría no fué más que ocasión y no causa de mi descubrimiento. Y es que sin duda debí yo de haber pensado mucho— aunque ahora no me acuerdo de haberlo hecho— en eso de que se les ocurriera á los hombres abrir una puerta al exterior en un piso alto y ponerle un antepecho á que asomarse. Porque esto puede parecer una cosa naturalísima

y que á cualquiera se le ocurre, á uno de esos espíritus superficiales que se imaginan que las cosas que hoy vemos en uso entraron en él de repente, porque sí, por invención espontánea, y no paso á paso, en virtud de un proceso complicado y muy lento. A los espíritus observadores y profundos, que somos evolucionistas siempre, no se nos ocurre semejante ligereza, y estamos profundamente convencidos de que sólo merced á un largo proceso se le ocurrió al hombre poner á sus trajes ojales y botones, v. gr., ó mangos á los cuchillos. Pero vengamos al balcón, que ya es hora.

Ello fué viajando yo una vez por mi provincia de Vizcaya, y al ver un caserío que, como casi todos los de allí, tenía su entrada por el piso alto, mediante una escalera exterior. Entonces observé que en un país húmedo, como es el mío natal, las gentes tienden á vivir en pisos altos y no á ras del suelo, fenómeno que pienso apoyar en muy nutridos datos. Y para subir á un piso alto, lo más cómodo es una escalera, sea de madera, sea de piedra, escalera que puede ser sencilla ó doble; sen-





cilla si sólo es por un lado, y doble si lo es por ambos lados. La doble ofrece la ventaja de que pueden subir unos por un lado, mientras por el otro lado bajan otros. Y estas escaleras pueden ponerse ó formando ángulo recto con la fachada, ó adosadas á ella, siendo la costumbre ponerlas adosadas, al parecer porque así se aprovecha mejor el terreno. Las tales escaleras exteriores pueden ser de piedra ó de madera, y aunque unas y otras se estropean, la experiencia ha enseñado que las de madera se estropean antes que las de piedra, máxime si se tiene en cuenta que, como las carreteras de que hablaba un diputado provincial zamorano, están á la intemperie. Cuando publique mi sabia monografía acerca del origen del balcón, monografía que irá acompañada de numerosos fotografías, planos, esquemas, diagramas y figuras, probaré todos estos extremos que aquí apunto.

Y pudo muy bien suceder, y acaso sucedió y me atrevo á sostener que tal vez tuvo que suceder, que en alguno de esos caseríos, además de la entrada por la escalera exterior, se les ocurriera á sus moradores hacer otra entrada al piso superior por escalera interior, en el cuerpo de la casa, desde la cuadra ú otro lugar del piso bajo. Y una vez en uso esta escalera interior, la exterior iría perdiendo el suyo, y llegaría caso de tener que condenarla.

El ingenuo y amenísimo Herodoto, padre de la sociología y de otra porción de cosas muy anti-

guas, en el capítulo XVI del libro V — que es el dedicado á Terpsícore — de sus *Historias*, al hablar de las habitaciones lacustres de la Peonia, nos explica cómo las construían sobre planchas tendidas entre pilotes, fijados en medio de la laguna, pasándose á ellas por un puente y cómo llevaba á la laguna una puerta bajadiza. «Á los niños pequeños — añade — les atan con una cuerda por un pie, por temor á que resbalen y caigan.» (Hago aquí merced del texto griego, aunque en mi monografía lo citaré por entero.) Algunas veces las escaleras exteriores de los caseríos de mi país suelen estar muy deterioradas, y si son de madera y hay además escalera interior, hasta suele faltarles algún peldaño; pero no he visto nunca que por eso se les ato á los niños de un pie. Es mucho más sencillo condenar la escalera exterior, cerrando su paso al descansillo ó tramo último, el que se extiende ante la puerta alta. Y hé aquí cómo, condenada la escalera, tiende á desaparecer y desaparece al cabo, y no queda de ella más que su último tramo, el descansillo final, es decir, el balcón, que no viene á ser, por lo tanto, más que *una escalera exterior atrofiada*.

¡Una escalera exterior atrofiada! Hé aquí la definición genética del balcón la mejor que de él puede darse, pues, como llevo dicho, sólo lo genético es lo verdaderamente profundo y filosófico. Una vez sabido que el balcón no

es más que una escalera exterior atrofiada, ábronsenos vastísimos horizontes respecto á la significación, al valor, al uso, al alcance y al porvenir de ese utilísimo artefacto arquitectónico. Y entre otras cosas, ¿no puede volverse á un órgano atrofiado la función que perdiera y renovarlo así? Los escalos que se llevan á efecto por balcones, subiendo á ellos mediante escaleras de mano, ¿no son tal vez verdaderos casos de atavismo, y no obedecen los ladrones ó los amantes, al hacerlo, á un instinto heredado, que duerme en la subconciencia de sus espíritus, por debajo de lo que llamamos los modernos psicólogos el umbral de la conciencia? El entrar por el balcón parece ser un procedimiento más tradicional que el entrar por la puerta, y propendo á creer que en más de un caso, en vez de ser el propósito de robar una casa lo que mueve á los ladrones á entrar en ella por el balcón, es el instinto atávico de entrar por éste en ella lo que les impulsa á robarla, porque una vez en el balcón se dirán: y ahora ¿qué hacemos? y ¡es natural! la idea de robar la casa se les ocurrirá al punto. Pero ésta es una delicadísima cuestión de psicología, y en cuestiones tales toda cautela es poca.

No se me oculta que los espíritus superficiales y ligeros, que no dan á las cuestiones de origen la importancia que tienen, ni aprecian en lo debido la concepción genética de las cosas y se imaginan que es todo muy sencillo, ya sé que los tales espíritus no verán la enorme trascendencia de mi descubrimiento; pero no por eso dejaré yo de seguir ahondando en estos problemas, y muy pronto espero poder exponer á mis lectores otra no menos luminosa teoría respecto al origen del bolsillo y la faltriquera.

Por desdenar este género de investigaciones es por lo que en parte nos vemos en España como nos vemos, y otro gallo nos cantara si, en vez de andar en lucubraciones metafísico-regeneracionistas, nos ocupáramos en indagar por qué se lleva el lazo del sombrero á la izquierda, ó cómo se originó la esclavina de la capa, ó si conviene que los tenedores tengan tres, cuatro, cinco ó más púas. Tal pelo hemos echado por está nuestra aversión á la verdadera ciencia.

Procure, pues, cada español rendir culto á la verdadera ciencia, dentro de sus aptitudes y conocimientos; regenérese cada uno de nosotros y nos regeneraremos todos. Yo, por la parte que me toca, seguiré dedicándome á la ciencia positiva, genética, evolucionista, empírica y antimetafísica, como hasta aquí me he dedicado á ella, que, aunque no hubiera logrado más fruto en su cultivo que el de haber hallado una tan hermosa teoría sobre el origen del balcón, moriría tranquilo y seguro de haber servido á mi patria, á mi patria España, que cuanto más ingrata conmigo me es más querida.

MIGUEL DE UNAMUNO.